

## NECROLÓGICA

### **ALEJANDRA FERRÁNDIZ, HISTORIADORA DE LA PSICOLOGÍA (1944-2003)**

La Presidenta de la Sociedad me ha pedido que evoque hoy ante vosotros la figura de nuestra compañera Alejandra Ferrándiz, fallecida como sabéis el verano pasado a los 58 años. A hacerlo me obliga la solicitud de nuestra Presidenta, claro está, pero también y sobre todo mi estrechísima relación con Alejandra; una relación que incluía la colaboración profesional docente e investigadora, pero que iba mucho más allá de ella y se asentaba firmemente en el ámbito de lo personal, en un terreno de amistad, de cariño, de confianza, confidencias y complicidad que entre los dos hemos venido cultivando asiduamente durante más de 20 años.

Comprenderéis por eso que asuma esta tarea evocadora sin el menor entusiasmo. No sólo por las tristes circunstancias que la exigen, sino también porque anticipo su fracaso, la insalvable distancia que ha de mediar entre la imagen de Alejandra que puedo aspirar a presentaros y la mía, tan hecha de cotidianeidad, de pequeñas cosas triviales, que sería inútil intentar siquiera esbozar aquí.

Conocí a Alejandra hace exactamente 25 años, en este mismo edificio de la Facultad de Filosofía donde yo trabajaba por entonces con el Profesor Pinillos en el Departamento de Psicología. Alejandra comenzó a frecuentar los cursos de doctorado de Pinillos a los que yo también asistía y en ellos coincidimos durante varios años. Su presencia no podía pasar inadvertida: su elegancia y encanto personales constituían un soplo irresistible de aire fresco en aquellas vetustas y polvorientas aulas. Nuestra amistad fraguó pronto, y era ya muy sólida mucho antes de que empezásemos a barruntar la posibilidad de llegar a trabajar juntos.

Alejandra había estudiado Filosofía y Psicología en la Universidad Complutense. De sus tiempos de estudiante recuerdo haberle oído comentar con entusiasmo (con el entusiasmo que ponía en todo lo que le importaba) su experiencia de residente en Colegio Mayor. Era como si sintiera un poco de lástima por quienes no habíamos tenido la oportunidad de vivirla, que nos habríamos perdido la quintaesencia de la auténtica realidad estudiantil.

---

Palabras leídas en la Sesión Extraordinaria de la Sociedad Española de Historia de la Psicología celebrada en la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid el 13 de diciembre de 2003.

La estudiante, sin embargo, cedió enseguida el paso a la profesora, y muy pronto se incorporó al recién creado Departamento de Psicología de la Universidad Autónoma de Madrid. No duró mucho esta primera experiencia docente: a raíz de la agitación que caracterizó la vida universitaria madrileña en los últimos años de la dictadura, fue expulsada de la universidad junto a muchos de sus compañeros, algunos de ellos hoy catedráticos en esa misma institución.

En 1976 entró a formar parte del Departamento de Psicología de la UNED, donde iba a encargarse en lo sucesivo de la asignatura de Historia de la Psicología. Cuando la conocí un par de años más tarde, estaba precisamente empezando a trabajar sobre un tema histórico, el de la psicología de Marañón al que iba a dedicar su tesis. Poco tiempo después, en 1982, se doctoraba con un estudio sumamente fino y riguroso que había realizado bajo la dirección de Helio Carpintero y que fue publicado posteriormente por la Universidad Complutense, donde se presentó.

La tesis supuso su ingreso de pleno derecho en el gremio de los historiadores de la psicología. Con anterioridad se había interesado más por cuestiones de psicología social, en particular por las relaciones de pareja, a las que había dedicado el libro *Noviazgo y matrimonio en la burguesía española*, un ensayo escrito en colaboración con su marido Vicente Verdú que produjo en su momento un impacto considerable. Ahora, al tiempo que publicaba numerosos trabajos sobre el tema de su investigación doctoral, se incorporaba a las tareas de la Fundación Gregorio Marañón, con la que colaboró estrechamente durante años como investigadora y asesora de actividades, y era nombrada Comisaria de la gran exposición que organizó el Ministerio de Cultura en la Biblioteca Nacional en el marco de los actos conmemorativos del nacimiento del eminente médico e intelectual madrileño.

En relación con su dedicación a los temas marañonianos, no quiero dejar de recordar aquí una anécdota que a Alejandra misma le gustaba comentar a menudo. Llevaba yo ya algún tiempo trabajando con ella en la UNED cuando recibimos información de un congreso que se iba a celebrar en Atenas con el título "Historia social de la mujer europea". Animada por la posibilidad que se le brindaba de difundir el pensamiento de Marañón (y de conocer Atenas), Alejandra me propuso que preparásemos juntos una comunicación que conectase las ideas de Marañón sobre la mujer con el ambiente político y social español de su época. Así lo hicimos, el trabajo fue aceptado, y acudimos... Acudimos a lo que resultó ser un congreso feminista en el que, con el pretexto de que yo me defendía en inglés mejor que ella, Alejandra me puso en la situación (a mí, que era el único varón inscrito en el congreso) de intentar hacer plausibles afirmaciones marañonianas como aquella de que "el orgasmo femenino es un lujo innecesario" ante un público inequívoca y

crecientemente hostil. Cada vez que algo le traía a la memoria aquella situación absurda, Alejandra lloraba literalmente de risa, sin poderlo remediar.

En 1986, a instancias suyas, se convocó en la UNED una plaza de profesor titular de historia de la psicología a la que me animó a presentarme. Conocedora de los problemas por los que atravesaba la Facultad y el Departamento a los que yo pertenecía, me ofrecía en el suyo un cobijo que resultó ser bastante menos confortable de lo que, con su optimismo característico, me había anunciado en un principio.

En todo caso, es entonces cuando empieza entre nosotros esa colaboración de la que muchos de vosotros habéis sido testigos, y que el paso de los años no ha sido capaz de erosionar. Una colaboración docente, en la tarea diaria de atender cada vez a más alumnos, de preparar y corregir exámenes, de seleccionar y elaborar materiales didácticos (como esos guiones de radio que nos esforzábamos por hacer todos los años, o los vídeos que presentábamos luego en las reuniones de esta Sociedad y que todos conocéis); una tarea no siempre grata, con frecuencia abrumadora, pero que ella relativizaba y despojaba sistemáticamente de gravedad con la alegría y la ironía propias de quien tiene claras las prioridades de la vida. Una colaboración investigadora también, explorando aspectos y autores no bien conocidos de la historia de la psicología española (Lafora, Nieto, Nóvoa Santos, Cuatrecasas, Úbeda) en el marco de proyectos de investigación que nos han llevado a realizar algunos viajes inolvidables a Argentina, a Brasil, a Méjico, a Suiza...

Alejandra ha mantenido siempre una vinculación muy estrecha con la Sociedad Española de Historia de la Psicología. Fue, por lo pronto, uno de sus miembros fundadores, y a ella se deben buena parte de las imágenes que se conservan (hoy a su vez históricas) de su reunión fundacional. Son imágenes tomadas con una cámara de vídeo que acabábamos de comprar para la ocasión, y que no sabíamos aún manejar muy bien. Pero junto a la profusión de suelos y techos que se cuelan irremediadamente en las cintas de los reporteros novatos, pueden verse también de vez en cuando algunas imágenes de muchos de nosotros con 15 años menos que han quedado como documento impagable de la historia de nuestra Sociedad. Contribuyó también de forma muy activa a organizar el 10º Symposium de la SEHP, que se celebró en Madrid, y en la actualidad formaba parte de la Junta Directiva como Tesorera y Editora del *Boletín Informativo*.

Siempre tuvo un gran empeño en asistir a las reuniones. En la primavera de 2002 no pudo acudir a la de Elche, un viaje que había anticipado con enorme ilusión con la idea de enseñarnos personalmente a sus compañeros y colaboradores de la UNED esa ciudad que le era tan próxima y tan querida; no pudo porque empezaba por entonces a someterse al tratamiento de su última enfermedad. Pero sí insistió en acudir a la reunión de Sevilla al año

siguiente en lo que ha resultado ser una de sus últimas apariciones en público, su despedida de todos nosotros.

No quisiera dejar la impresión, aunque en este marco sea inevitable subrayar su faceta de historiadora, de que fueron historiográficos sus únicos intereses vitales o intelectuales. Todos los que la hemos conocido sabemos bien que el rango de sus inquietudes era mucho más amplio, que le preocupaba la vida política y social, que se entusiasmaba con el cine y la literatura, que se interesaba de manera muy particular por la familia (la suya y la de los demás)...

Sin salir del ámbito universitario, antes aludí a su temprana ocupación con la psicología social. Recordaré ahora también su interés permanente por a la psicología clínica, que explica sus estancias en el Mental Research Institute de Palo Alto en California y en el Departamento de Psicología de la Universidad de Pensilvania junto a Martín Seligman, así como su asidua colaboración en los últimos tiempos con el Servicio de Psicología Aplicada de la UNED. Tal vez haya sido la clínica, en el fondo, su vocación más auténtica, aunque no tuviera tiempo de desarrollarla del todo. Porque Alejandra tenía un talento natural para la clínica, era a mi juicio una "psicóloga natural" que sabía como nadie hallar la palabra apaciguadora, dar el consejo oportuno y prestar la ayuda necesaria con una generosidad admirable de la que nos hemos beneficiado cotidianamente todos cuantos hemos convivido con ella.

Hace apenas dos años que Alejandra empezó sentirse enferma. Enseguida supo que su enfermedad era grave, que podía ser fatal. Se enfrentó a ella con tremenda energía, sin embargo, con un valor y un optimismo extraordinarios que mantuvieron viva nuestra esperanza hasta el final. Murió un tórido día del pasado mes de julio en las tierras alicantinas que tanto quiso y fue enterrada en Orcheta, el pueblo de sus mayores. Un pueblo del que no podía hablar sino con una ironía cargada de ternura y donde no tengo duda de que hoy descansa en paz.

Enrique Lafuente  
(UNED, Madrid)